Testimonio de María Cecilia Malpartida Cajas (Tingo María, distrito de Rupa Rupa, provincia Leoncio Prado en Huánuco 1963)

Primeramente, muy buenos días, señores de la Comisión, público presente. Todo empezó en el año 1985 cuando mi esposo Betman Guerra del Águila (1957) llegamos a vivir al Boquerón. Empezamos con nuestro negocio de comida y era un caserío muy tranquilo, muy unido. Todo era tranquilidad en armonía porque todos juntos trabajábamos, hacíamos festivales deportivos para recabar fondos para hacer una loza y eso lo proyectaba mi esposo. Todo era armonía, vivíamos de lo más tranquilos.

Hasta que una vez llegó el grupo subversivo. Llegaron y convocaron a reuniones a todo el pueblo, pero desde un principio, desde el principio que ellos llegaron mi esposo siempre se negaba. Nunca acudimos a participar de lo que ellos organizaban. Siempre mi esposo y unos 15 colaboradores más, éramos unidos y rechazábamos, pero a medida que era mayor la fuerza de ellos, de las armas; la gente se fue poniendo de su lado. Quedamos mi esposo y yo.

Hacían pintas. Mi esposo tomaba una moto que teníamos, se iba por el túnel y avisaba a los carros que estaban haciendo pintas, que no vinieran. Después seguía así el tiempo, pasaban, seguían insistiendo que nos unamos. Tampoco cedía mi esposo, no cedía. Siempre conversábamos y me decía que no, y él seguía luchando contra ellos. Les decía que no podía unirse, les contradecía, les decía que eran rateros. Cuando asesinaban les decía que eran asesinos, les insultaba de todo lo que él quería.

Cuando ponían afiches y pancartas, los arrancaba y hacia cosas que no deben hacer con eso. Voy a tomar esta palabra: se limpiaba el poto con los afiches y de esa vez empezó ya el problema porque a mi esposo le llevaron y le dieron, como dicen ellos, su advertencia: lo ahorcaron, pero lo dejaron con vida. Y mi esposo no se amedrentaba, seguía, seguía luchando contra ellos para todo.

Cuando llamaban a faenas, “yo no soy ocioso”, decía. Como nosotros teníamos un negocio, venían a pedir para que coman, él decía: “yo puedo dar a una persona que no pueda trabajar, [pero] él tiene sus manos es un hombre sano”. Se negaba para todo. Así que luchábamos contra ellos, pero como eran gente del pueblo, y tenía sus amigos de, no pasaba nada; hasta que él hizo cosas peores.

Hasta se metió a salvar vidas. Recuerdo cuando una vez dijeron; que habían agarrado a unos soldaditos que se estaban yendo para Pucallpa a visitar a su familia. Los habían agarrado y para que los maten. Los mataron y los quemaron, lo botaron a la pista y se estaban pudriendo; y como nosotros vendíamos comida reclamamos el ambiente porque ya era una semana que estaban botados ahí. Nadie los recogía, los quemaron.

Y veíamos tantas cosas, tanta injusticia que no sabíamos a donde recurrir. Y *agarra* un día mi esposo, se va a Pucallpa porque él se sentía mal; y no [es] como dicen, que se fue a la Marina. Al día siguiente que mi esposo llega, le sacan a las 5 de la mañana. Nos sacan a los dos y precisamente en esos momentos le amarran con el pasador de sus zapatillas y a mí con las manos sueltas. Yo no lo dejaba que lo lleven y fui yo también, y nos llevaron a la escuela. nos amarraron en unas sillas. A mi esposo lo llevaron a otro lado y a mí me llevaron para otro lado. Todo el día estábamos ahí amarrados, vendados, pero yo

escuchaba que mi esposo gritaba y venían a mí, me decían: “Ya tu esposo ha dicho que se ha ido a la Marina. Cuéntanos tú”.

Yo les decía, “Yo no sé nada, yo no sé nada”. Iban donde mi esposo y le decían: “Ya tu señora ha dicho que tú te has ido a la Marina, que eres soplón, que eres el otro”. Le insultaban de cosas, pero mi esposo ya estaba con la pierna rota porque nosotros vivíamos en un segundo piso en una casita de madera. Cuando mi esposo no quería bajar, ellos lo aventaron del segundo piso, ya arrastrando lo llevaron a él hacia la escuela, pero como él estaba gritando y lloraba, gritaba, yo también que lloraba. Entonces, hubo un momento en que yo escuchaba: “Suéltenle a mi señora. Ella no sabe nada”.

Insistía diciendo que me suelten y me soltaron como a las 3 de la tarde y cuando me sacaron la venda yo le vi a mi esposo sangrando, por las orejas y por las manos. Entonces, me mandaron a mi casa, me fui a mi casa, estuve en mi casa. Me bañé y estaba ahí y cuando le vi pasar a una persona que le conocía yo con el apelativo de Pacay, con una lampa y pico. “¿A dónde vas?” le dije. “Me estoy yendo a hacer un hueco”, eso fue lo que me contesto. Pasó otra persona, [a la que] le digo Luma, le digo: “¿qué va pasar hoy día?”. “No sé, parece que le van a matar a alguien”.

Regresé a mi casa después de bañarme. Vino una persona, me pidió una chompa para mi esposo. Ya era como las 5:30 p.m. Así, no le quise dar la chompa y yo mismo llevé y no me dejaron entrar a la escuela a ver a mi esposo. Cuando regreso a mi casa, me regresé, decían que lo van a soltar. Seguro que va a pasar como la primera vez, pensaba que iba a volver. Vi que la gente se dirigía, el pueblo entero, se dirigía atrás del colegio.

En eso vienen y me llaman. Una persona viene y me dice: “esta fiesta es dedicada a ti”, “¿cuál fiesta? Nos vamos atrás del colegio. Me llevaron, me hicieron acomodar al lado de los encargados que estaban ahí y esperamos. Cuando de repente le vi que lo traían a mi esposo ensangrentado, maniatado, lo hicieron arrodillar y dijeron: “este perro miserable, soplón, se fue a la Marina a denunciarnos”. Lo hicieron arrodillar y le pusieron la soga con el palo al cuello, y mi esposo se arrodilló y le apretaron la soga. Le hicieron agachar la cabeza y le metieron una puñalada. Él no gritaba ahí, hacia “Hum”, hacia así.

Y [a] le seguían apuñalándolo y yo gritaba desesperadamente y él me llamaba, me decía: «negrita, bebita ¿estás ahí?». “Sí”, le decía «yo estoy, aquí estoy, no te voy a dejar”. “Voy a morir”. “Cobardes, ¡suéltenme mi mano para que vean, suéltenme mi mano!» yo gritaba. Pero, yo no estaba amarrada. Empecé a pelear, a arañar, a morder y como yo hacía tanto escándalo, me amarraron y yo seguía gritando, no me callaba, pedía auxilio. ¿Quién me iba auxiliar si todos estaban ahí? De repente, me sueltan y me llevan ante mi esposo.

Mi esposo sangraba, pero no caía, se paraba; lo hacían arrodillar. Así, apuñalado se paraba, lo hacían arrodillar. Me llevan ahí, me desatan la mano y quien lo había apuñalado de apelativo *Bagua*, era del mando militar. Estaba allí y de repente me dice: “Pícale”. Me hace ver el puñal, «Pícale» me dice. Yo no quería picarle, ¿cómo le iba a picar? Si él era el hombre que yo amaba, mi esposo, padre de mis hijos. Y me dijo «pícale», me hacía bucear en su sangre de mi esposo y yo no le quería picar. Y yo le piqué a *Bagua*; lo piqué por la barriga. Me llené de valor, di la vuelta y le di.

Como hubiera querido que me maten con él. Ahí peor me tumbaron al suelo, me amarraron de pies y manos. No podía hacer nada, pero mi esposo luchaba por su vida, gritaba «cobardes, cobardes lo de ustedes no va a durar, cobardes. Desátenme las manos». Me volvió a llamar y me decía: «Por más cosas que pase, no te unas a ellos. Prométeme bebita, negrita, prométeme que no te vas a unir a ellos». Y yo le prometí y yo jamás me he unido a ellos.

Cuando él murió, yo tenía 3 meses de gestación, estaba esperando un bebe. A partir de ese momento, perdí la razón, perdí el conocimiento, me volví una persona inútil. No me acordaba de nada, me volví una loca. Me llevaron a mi casa. En mi casa me tenían amarrada, me daban de comer y en poco tiempo ya me soltaron, pero me cuidaban, me cuidaban y me cuidaban y yo una vez traté de escapar. Me traté de escapar, me salí mientras que la persona que me cuidaba se había descuidado; me salí y me fui caminando por el monte para pasar por el túnel. Pasando el túnel, es como unas zanjas, no hay monte, es unas rocas, y, por ese lado, el río. Y me encuentran. Me capturaron nuevamente.

Me quitaron los zapatos, me amarraron ante una moto y yo tenía que correr porque si yo me caía, me arrastraban sin zapato hasta el pueblo. Estuve tan solo unos cuantos días. Un día me vendaron, me amarraron, me sacaban de la casa, me hicieron subir en un carro. No sé por cuanto tiempo me llevaron. Estaba vendada. Bajamos en un sitio y me hicieron caminar entre altos y bajos, vendada no veía por donde me llevaban. No recuerdo el tiempo que caminé y llegamos a un sitio y me sacaron las vendas. Estaba ante un campamento de los subversivos, la persona que me llevó me dijo que me quede ahí.

A partir de ese momento, me hacían cocinar. Cocinaba bajo la vigilancia de una persona. Me hacían fabricar banderas. No los fabricaba porque yo quería, sino porque ellos me obligaban. Me hacían fabricar banderitas pequeñas, de un tamaño para que ellos en sus concentraciones se den de recuerdo. Me hacían poner las lentejuelas doradas, me hacían lavar y nadie me conversaba. Solo recibía órdenes. Nadie me dirigía la palabra. Hasta para ir al baño iba acompañada.

De ahí, también me dieron una santa paliza con esa hierba que se llama *ishangas* [ortiga]. Cuando traté de escapar me *ishanguearon* desnuda. Es una hierba que tiene bastante espina. A raíz de eso me enfermé. Ya estaba tiempo ahí, ya iba a dar a luz, ya cumplía mi fecha, no tenían pena de mí, que tenía tanta fiebre. Me sentía mal y me trajeron otra vez a mi casa. También estaba vigilada y como estaba vigilada todos los días, me encuentro con mi amiga, así de casualidad. Estaba pasando por ahí; viene, conversamos y yo le cuento mi problema.

Ella me dice: «yo voy a cargar plátano en Aguaytía, tengo un carro contratado. No te descuides, esté atenta», «ya», le digo. «Pero, ¿estás decidida?». «Estoy decidida -le digo- ya no aguanto más», «¿estás segura? Si no, me vas a comprometer», «Por favor, Nora, sácame -le digo- sácame tú eres la única quien me puede sacar. No veo a nadie, no hay ninguna persona que me puede ayudar». «Voy a cargar a la Aguaytía -me dice- vengo en un ratito, ya». Se fue ella y cuando vino, gracias a Dios, yo estaba sola ahí; la persona que me cuidaba no sé a dónde se habría dirigido.

Me subí al carro, paramos más allá, me taparon con las canastas grandes que cargan plátanos y así pude escapar de ahí. Escapé, vine a Tingo [María]. A los 2 o 3 días tenía dolores de parto, pero no estaba tranquila porque me venía a buscar la subversión a Tingo [María], a mi casa. Lo cual se estaban llevando a mi hermana, confundiéndola conmigo porque nos parecemos bastante. Y mi hermana también estaba gestando. Yo agarro [y salgo porque la], estaban torturando a mi hermana. En la puerta de la casa había un árbol de mango. Entonces, alguien dijo «no es ella» y le dejaron a mi hermana.

Yo tuve mi bebé, el cual señor, no conozco, porque yo no era una persona normal. Vino su familia, la hermana de mi esposo y se lo llevó cuando solo tenía 3 meses. No lo conozco a ese niño, es varoncito. Lleva el nombre de su papá, va a cumplir 13 años el 14 de octubre (2002). Quisiera conocerlo, quisiera que me devuelvan a mi hijo.

De ahí mi mamá me hacía andar de un lugar a otro para que no me encuentren porque me seguían buscando. No denuncié a nadie por las cosas que pasé. Me los callé. Él único apoyo era mi mamá, mis hermanos que siempre me ocultaban; hasta que mi mamá me llevó por Iquitos. "Por ahí no pasa nada, por allá no te va a pasar nada". Y aún de poco tiempo me hice de otro compromiso. Centré todo en la bebé que tengo ahora y mi mamá se va, me dice «Ya no hay nada, regresemos a Tingo [María]». Me hace regresar mi mamá.

Regreso a mi casa. A los 3 días que llego a Tingo [María], veo a la Policía en mi casa. Me detienen por terrorismo. Me voy a la cárcel. Yo dije: «Fue un sueño, es una pesadilla, es una equivocación. Mañana voy a estar libre, yo sé que mañana voy a estar libre. Agarrada de los barrotes de la puerta, amaneció y no me soltaron.

Pasaron 5 días y nada. No podía comunicarme con nadie, no podía conversar con nadie. Quería conversar con mi mamá, preguntarle ¿qué es lo que está pasando?, ¿por qué estoy aquí? Nadie me decía nada. Fue que me sacaron una madrugada, me sacaron así encapuchados, todos encapuchados. Eran como 5 personas. Me torturaron, me colgaban de los brazos y otra persona se me colgaba de los pies. Ellos pensaban que a mí me iba a doler. Bailaban sobre esa bandera, lo hacían de trapear y a mí no me importaba eso. A mí lo que me dolía era que yo era castigada injustamente. Eso me dolía bastante.

Bastante no les importaba que yo estaba con un bebé de 6 meses en brazos. No les importó nada. En un balde con agua con *Ace* me ponían un pasamontaña y cuando yo quería inhalar respiraba el agua con *Ace*. Me fui a la cárcel. Estuve 5 meses detenida en los calabozos en Tingo María. Me pasaron a la cárcel de Huánuco, luego me pasaron a Huamancaca[1]. Pasó tanto tiempo, que yo decía «Si me sentencian, me voy a matar».

Veía mil formas cómo matarle a mi hijita para que no sufra. Veía cómo voy hacerlo para no sufrir. Pero estaba un día llorando en una escalera porque estaba con mi tiempo de patio, porque en la cárcel se padecía bastante. Ese tiempo no había *paila*, no había que comer en la cárcel. Yo me alimentaba de lo que las señoritas del Instituto Nacional Penitenciario (INPE) se alimentaban, de los que otros cocinaban: cáscara de papa, cáscara de arveja, tallo de beterraga. Le sacaban la fibra, cocinaban con lo que me

[1] Establecimiento penitenciario ubicado en el distrito de Huamancaca Chico en la provincia de Chupaca a pocos kilómetros de Huancayo.

habían dado en una cocinita hecha de un ladrillo, con una cocina eléctrica y tenía tan solo un envase que no sé de dónde me consiguió la señorita para mi bebé. Preparé el *quáker* [avena] y cuándo no tenía en donde vaciar, lo vaciaba en bolsas. No tenía nada en la cárcel.

Mi familia me dio la espalda porque dudaban de mí. No tenía visitas, no tenía a nadie. Sentía el rechazo de mi familia. Ese día estuve yo en la escalera y vino un policía, me dijo «¿Por qué lloras?". Y yo le dije que mañana es mi audiencia, «Yo no tengo abogado». «No llores -me dice- yo soy abogado». No le creí, pensé que se estaba burlando de mí. «No -me dice- yo me acabo de recibir, soy doctor en Letras. Yo te voy a defender, tú vas a ser mi primer caso». Al día siguiente se presentó con terno, me vino a sacar él mismo de mi celda. Me dijo «Nos vamos», y nos fuimos.

Y cuando escuché yo lo que opinaban sobre mi persona, me desesperaba. Pero a raíz de todo lo que vi, lo que pasé de esos momentos, yo empecé a sufrir de desmayos. No siento cuando me voy a desmayar, me desmayo en cualquier momento. No sé, quisiera sentir para sentarme, echarme para no lastimarme. Hace poco me caí, casi me rompo el brazo. Entonces, me lleva. Como no entendía nada de esas cosas que él discutía y proponía, dijo que se suspenda la audiencia.

Se suspendió la audiencia y era para otra fecha, para el 14 de julio y mi abogado ya no vino. Yo dije: «ya no le interesa mi caso. No le pago. ¿Quién me va a defender? o de repente no me va a poder sacar; por eso, es que él no viene». Ese día, como él no estaba, se suspendió la audiencia para otra fecha. La otra fecha tampoco estuvo él, no estuvo.

Entonces, me preguntaron si yo quería cambiar de abogado o estaba de acuerdo con mi defensa. Yo no entendía nada de esto. ¿Pero, qué defensa? Fue solo una vez que estuvimos juntos. Yo no entiendo nada. ¿De qué habrán hablado? ¿qué defensa puede ser un día? Entonces, dije «Sí, estoy de acuerdo», «¿estás conforme con tu defensa?», «Sí, estoy conforme». Entonces, se procedió dar lectura a la sentencia. Empezaron a hablar todo y *agarran* y me dicen: "por falta de pruebas contundentes queda absuelta".

Pero, ¿qué tan fácil es decir «queda absuelta», después de tanto tiempo? Tantas cosas que he pasado. No era justo. Había esperado tantos años para decir tan fácilmente «quedas absuelta».

Señores de la Comisión: lo único que pido es que el cuerpo de mi esposo sea trasladado a un cementerio. Yo sé dónde está enterrado y que se encuentre a mi hijo. Él es el único niño varón que tengo, es el segundo hijo. Por favor, yo les pido ayúdenme a encontrar a mi hijo. Y que mi esposo sea trasladado a un cementerio porque jamás he vuelto al Boquerón. Quisiera que se traslade su cuerpo a un cementerio.

Y también les pediría, a raíz de que estuviéramos en la cárcel, mi hijita ha adquirido la enfermedad de la tuberculosis al intestino por falta de alimentación. Y yo estoy sufriendo de una enfermedad de cáncer y estoy tratándome en el Hospital de Neoplásicas. Aunque para mi nada quisiera, [pero sí] para la salud de mi hija. Eso es todo lo que les puedo decir.

Doctora Sofía Macher

Señora Ana María Malpartida, en nombre de la Comisión de la Verdad y Reconciliación le expreso la solidaridad con los sufrimientos horrorosos que usted ha atravesado. Le expreso también mi reconocimiento por haber compartido con nosotros esta experiencia, por la fuerza que ha tenido para vivir y seguir luchando y a nombre también de la Comisión de la Verdad y a nombre de la Sede Oriental nos comprometemos hacer lo posible para que sus demandas sean acogidas.

Doctora Sofía Macher

La señora María Cecilia Malpartida se encuentra mejor.

Es importante reflexionar sobre lo duro que han sido todas estas experiencias que se han vivido en el país en estos 20 años de horror. La señora María Cecilia Malpartida quiso dar su testimonio; para ella y seguramente para muchas otras personas, dar su testimonio aquí en una audiencia pública es algo muy importante porque significa que el país puede comprender, entender lo que ellas han sufrido; recordar esto es muy fuerte, volver a traer esas escenas que nosotros mismos, que no la vivimos directamente, nos es muy difícil soportarlo.

La señora llega a un punto, en que tiene que cortar también con ese recuerdo, y probablemente esa pérdida de conocimiento, es la manera de poder cortar con algo tan horrible que estaba recordando y viviendo. Como les digo para ella que ya está bien, se siente aliviada y se siente que ha sido algo importante poder recibir la solidaridad y sobre todo poder escuchar lo que a ella y a muchas otras mujeres les ha sucedido.